



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE **BOLLETTINO**

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHL
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. 0759

Lunedì 24.10.2016

Intervento del Santo Padre alla 36.ma Congregazione Generale della Compagnia di Gesù

Intervento del Santo Padre

Traduzione in lingua italiana

Traduzione in lingua inglese

Questa mattina, alle ore 9.00, il Santo Padre Francesco si è recato presso la Curia Generalizia della Compagnia di Gesù dove ha preso parte alla riunione della 36.ma Congregazione Generale ed alla preghiera con tutti i partecipanti.

Dopo un breve indirizzo di saluto del Preposito Generale, Padre Arturo Sosa Abascal, il Papa ha rivolto ai presenti il seguente discorso:

Intervento del Santo Padre

Queridos hermanos y amigos en el Señor,

al rezar pensando qué les diría, recordé con particular emoción las palabras finales que nos dijo el Beato Pablo VI al finalizar nuestra Congregación General XXXII: «Così, così, fratelli e figli. Avanti, *in Nomine Domini*. *Camminiamo insieme*, liberi, obbedienti, uniti nell'amore di Cristo, per la maggior gloria di Dio»¹.

También San Juan Pablo II y Benedicto XVI nos han animado a «*caminar de una manera digna* de la vocación a la que hemos sido llamados (Ef 4,1)»² y a «*perseguir por el camino* de la misión con plena fidelidad a vuestro carisma originario, en el contexto eclesial y social característico de este inicio de milenio. Como os han dicho en varias ocasiones mis antecesores, la Iglesia os necesita, cuenta con vosotros y sigue confiando en vosotros, de modo especial para llegar a los lugares físicos y espirituales a los que otros no llegan o les resulta difícil

hacerlo»³.

Caminar juntos -libres y obedientes- caminar yendo a las periferias donde otros no llegan, «bajo la mirada de Jesús y mirando el horizonte que es la Gloria de Dios siempre mayor, el que nos sorprende siempre»⁴ El jesuita está llamado para «discurrir -como dice Ignacio- y hacer vida en cualquiera parte del mundo donde se espera más servicio de Dios y ayuda de las ánimas» (Co 304). Es que: “Para la Compañía, todo el mundo le ha de ser casa”, decía Nadal⁵.

Ignacio le escribía a Borja a propósito de una crítica de los jesuitas llamados “angélicos” (Oviedo y Onfroy), porque decían que la Compañía no estaba bien instituida y que había que instituir la más en espíritu: el espíritu que los guía – decía Ignacio – “ignora el estado de las cosas de la Compañía, que están *in fieri*, fuera de lo necesario (y) substancial”⁶. Me gusta tanto esta manera de ver de Ignacio a las cosas en devenir, haciéndose, fuera de lo substancial. Porque saca a la Compañía de todas las parálisis y la libra de tantas veleidades.

La *Fórmula del Instituto* es lo “necesario y substancial” que debemos tener todos los días ante los ojos, después de mirar a Dios nuestro Señor: “El modo de ser del Instituto, que es *camino* hacia Él”. Lo fue para los primeros compañeros y previeron que lo fuera “para los que nos sigan por este *camino*”. Así, tanto la pobreza como la obediencia o el hecho de no estar obligados a cosas como rezar en coro, no son ni exigencias ni privilegios, sino ayudas que hacen a la movilidad de la Compañía, al estar disponibles «para correr por la vía de Cristo Nuestro Señor» (Co 582) teniendo, gracias al voto de obediencia al Papa, una «más cierta dirección del Espíritu Santo» (Fórmula Instituto 3). En la Fórmula está la intuición de Ignacio, y su substancialidad es lo que permite que las Constituciones hagan hincapié en tener siempre en cuenta «los lugares, tiempos y personas» y que todas las reglas sean ayudas -tanto cuanto- para cosas concretas.

El caminar, para Ignacio, no es un mero ir y andar sino que se traduce en algo cualitativo: es aprovechamiento y progreso, es ir adelante, es hacer algo en favor de los otros. Así lo expresan las dos Fórmulas del Instituto aprobadas por Paulo III (1540) y Julio III (1550) cuando centran la ocupación de la Compañía en la fe –en su defensa y propagación- y en la vida y doctrina de las personas. Aquí Ignacio y los primeros compañeros usan la palabra *aprovechamiento* (*ad profectum*⁷, cf. *Fil* 1, 12.25) que es la que da el criterio práctico de discernimiento propio de nuestra espiritualidad.

El aprovechamiento no es individualista, es común: «El fin de esta Compañía es no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos» (Ex 1, 2). Y si para algún lado se inclinaba la balanza en el corazón de Ignacio era hacia la ayuda de los prójimos, tanto es así que se enojaba si le decían que la razón de que alguno se quedara en la Compañía era «para que así salvara su ánima. Ignacio no quería gente que siendo buena para sí, no se hallara en ella aptitud para el servicio del prójimo» (Aicardo I punto 10 pág. 41).

El aprovechamiento es en todo. La fórmula de Ignacio expresa una tensión: “no solamente... sino...”; y este esquema mental de unir tensiones –la salvación y perfección propia y la salvación y perfección del prójimo- desde el ámbito superior de la Gracia, es propio de la Compañía. La armonización de ésta y de todas las tensiones (contemplación y acción, fe y justicia, carisma e institución, comunidad y misión...) no se da mediante formulaciones abstractas sino que se logra a lo largo del tiempo mediante eso que Fabro llamaba “nuestro modo de proceder”⁸. Caminando y “progresando” en el seguimiento del Señor, la Compañía va armonizando las tensiones que contienen y producen inevitablemente la diversidad de gente que convoca y las misiones que recibe.

El aprovechamiento no es elitista. En la Fórmula Ignacio procede describiendo medios para aprovechar más universalmente, que son propiamente sacerdotales. Pero notemos que las obras de misericordia se dan por descontadas, ¡la Fórmula dice: «sin que eso sea óbice» para la misericordia! Las obras de misericordia -el cuidado de los enfermos en las hospederías, la limosna mendigada y repartida, la enseñanza a los pequeños, el sufrir con paciencia las molestias...- eran el medio vital en el que Ignacio y los primeros compañeros se movían y existían, su pan cotidiano: ¡cuidaban que todo lo demás no fuera óbice!

El aprovechamiento, por fin, es “lo que más aprovecha”. Se trata del “*magis*”, de ese plus, que lleva a Ignacio a iniciar procesos, a acompañarlos y a evaluar su real incidencia en la vida de las personas, ya sea en cuestiones de fe, de justicia o de misericordia y caridad. El *magis* es el fuego, el fervor en acción, que sacude dormideras. Nuestros santos lo han encarnado siempre. Decían de San Alberto Hurtado que era “un dardo agudo que se clava en las carnes dormidas de la Iglesia”. Y esto contra esa tentación que Pablo VI llamaba “*spiritus vertiginis*” y De Lubac, “mundanidad espiritual”. Tentación que no es, en primer lugar, moral sino espiritual y que nos distrae de lo esencial: que es ser aprovechables, dejar huella, incidir en la historia, especialmente en la vida de los más pequeños.

«La Compañía es Fervor», decía Nadal⁹. Para reavivar el fervor en la misión de aprovechar a las personas en su vida y doctrina, deseo concretar estas reflexiones en *tres puntos* que, dado que la Compañía está en los lugares de misión en que tiene que estar, hacen más bien a nuestro modo de proceder. Tienen que ver con la alegría, con la Cruz y con la Iglesia, nuestra Madre, y miran a dar un paso adelante quitando los impedimentos que el enemigo de natura humana nos pone cuando vamos, en el servicio de Dios, de bien en mejor subiendo.

1. Pedir insistentemente la consolación

Siempre se puede dar un paso adelante en el pedir insistentemente la consolación. En las dos Exhortaciones Apostólicas [*Evangelii gaudium* y *Amoris laetitia*] y en la Encíclica *Laudato si'* he querido insistir en la alegría. Ignacio, en los Ejercicios nos hace contemplar a sus amigos «el oficio de consolar», como propio de Cristo Resucitado (EE 224). Es oficio propio de la Compañía consolar al pueblo fiel y ayudar con el discernimiento a que el enemigo de natura humana no nos robe la alegría: la alegría de evangelizar, la alegría de la familia, la alegría de la Iglesia, la alegría de la creación... Que no nos la robe ni por desesperanza ante la magnitud de los males del mundo y los malentendidos entre los que quieren hacer el bien, ni nos la reemplace con las alegrías fatuas que están siempre al alcance de la mano en cualquier comercio.

Este «servicio de la alegría y de la consolación espiritual» arraiga en la oración. Consiste en animarnos y animar a todos a «pedir insistentemente la consolación a Dios». Ignacio lo formula de modo negativo en la 6ª regla de primera semana, cuando dice que «mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación» instando en la oración (EE 319). Aprovecha porque en la desolación somos muy «para poco» (EE 324). Practicar y enseñar esta oración de pedir y suplicar la consolación, es el principal servicio a la alegría. Si alguno no se cree digno (cosa muy común en la práctica), al menos insista en pedir esta consolación por amor al mensaje, ya que la alegría es constitutiva del mensaje evangélico, y pídala también por amor a los demás, a su familia y al mundo. Una buena noticia no se puede dar con cara triste. La alegría no es un plus decorativo, es índice claro de la gracia: indica que el amor está activo, operante, presente. Por eso el buscarla no debe confundirse con buscar “un efecto especial”, que nuestra época sabe producir para consumo, sino que se la busca en su índice existencial que es la “durabilidad”: Ignacio abre los ojos y se despierta al discernimiento de los espíritus al descubrir esta distinta valencia entre alegrías duraderas y alegrías pasajeras (Autobiog 8). El tiempo será lo que le da la clave para reconocer la acción del Espíritu.

En los Ejercicios, el “progreso” en la vida espiritual se da en la consolación: es el «ir de bien en mejor subiendo» (EE 315) y también «todo aumento de fe, esperanza y caridad y toda leticia interna» (EE 316). Este servicio de la alegría fue lo que llevó a los primeros compañeros a decidir no disolver sino instituir la compañía que se brindaban y compartían espontáneamente y cuya característica era la alegría que les daba rezar juntos, salir a misionar juntos y volver a reunirse, a imitación de la vida que llevaban el Señor y sus apóstoles. Esta alegría del anuncio explícito del Evangelio -mediante la predicación de la fe y la práctica de la justicia y la misericordia- es lo que lleva a la Compañía a salir a todas las periferias. El jesuita es un servidor de la alegría del Evangelio, tanto cuando trabaja artesanalmente conversando y dando los ejercicios espirituales a una sola persona, ayudándola a encontrar ese «lugar interior de donde le viene la fuerza del Espíritu que lo guía, lo libera y lo renueva»¹⁰, como cuando trabaja estructuralmente organizando obras de formación, de misericordia, de reflexión, que son expansión institucional de ese punto de inflexión donde se da el quiebre de la voluntad propia y entra a actuar el Espíritu. Bien decía M. De Certeau: los Ejercicios son «el método apostólico por excelencia», ya que posibilitan el «retorno al corazón, principio de una docilidad al Espíritu que despierta e impulsa al ejercitante a una fidelidad personal a Dios»¹¹.

2. Dejarnos conmover por el Señor puesto en Cruz

Siempre se puede dar un paso más en el dejarnos conmover por el Señor puesto en cruz, por Él en persona y por Él presente en tantos hermanos nuestros que sufren –¡la gran mayoría de la humanidad! El Padre Arrupe decía que allí donde hay un dolor, allí está la Compañía.

El Jubileo de la Misericordia es un tiempo oportuno para reflexionar sobre los servicios de la misericordia. Lo digo en plural porque la misericordia no es una palabra abstracta sino un estilo de vida, que antepone a la palabra los gestos concretos que tocan la carne del prójimo y se institucionalizan en obras de misericordia. Para los que hacemos los Ejercicios, esta gracia por la que Jesús nos manda que nos asemejemos al Padre (cf. *Lc* 6, 36) comienza con ese coloquio de misericordia que es la expansión del coloquio con el Señor puesto en cruz por mis pecados. Todo el segundo ejercicio es un coloquio lleno de sentimientos de vergüenza, confusión, dolor y lágrimas agradecidas viendo quién soy yo - disminuyéndome- y quién es Dios -engrandeciéndolo-, «que me ha dado vida hasta ahora» (EE 61), quién es Jesús, colgado en la cruz por mí. El modo como Ignacio vive y formula su experiencia de la misericordia es de mucho provecho personal y apostólico y requiere una aguda y sostenida experiencia de discernimiento. Decía nuestro padre a [san Francisco] Borja: «Yo para mí me persuado, que antes y después soy todo impedimento; y de esto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor nuestro, por no poder atribuir a mí cosa alguna que buena parezca»¹². Ignacio vive, pues de la pura misericordia de Dios hasta en las cosas más pequeñas de su vida y de su persona. Y sentía que cuanto más impedimento él ponía, con más bondad lo trataba el Señor: «Tanta era la misericordia del Signore, e tanta la copia della soavità e dolcezza della grazia sua con esso lui, che quanto egli più desiderava d'essere in questo modo gastigato, tanto più benigno era Iddio e con abbondanza maggiore spargeva sopra di lui i tesori della sua infinita liberalità. Laonde diceva, che egli credeva no vi essere nel mondo uomo, in cui queste due cose insieme, tanto come in lui, concorressero; la prima mancare tanto a Dio e l'altra il ricevere tante e così continue grazie dalla sua mano»¹³.

Al formular Ignacio su experiencia de la misericordia en estos términos comparativos -cuanto más sentía faltar al Señor más se extendía Él en darle su gracia- libera la fuerza vivificante de la misericordia que nosotros muchas veces diluimos con formulaciones abstractas y condiciones legalistas. El Señor, que nos mira con misericordia y nos elige, nos envía a hacer llegar con toda su eficacia esa misma misericordia a los más pobres, a los pecadores, a los sobrantes y crucificados del mundo actual que sufren la injusticia y la violencia. Sólo si experimentamos esta fuerza sanadora en lo vivo de nuestras propias llagas, como personas y como cuerpo, perderemos el miedo a dejarnos conmover por la inmensidad del sufrimiento de nuestros hermanos y nos lanzaremos a caminar pacientemente con nuestros pueblos aprendiendo de ellos el modo mejor de ayudarlos y servirlos (cf. CG 32 d 4 n 50).

3. Hacer el bien de buen espíritu, sintiendo con la Iglesia

Siempre se puede dar un paso adelante en hacer el bien de buen espíritu, sintiendo con la Iglesia, como dice Ignacio. Es también propio de la Compañía el servicio del discernimiento del modo como hacemos las cosas. Fabro lo formulaba pidiendo la gracia de «todo el bien que pudiese realizar, pensar u organizar, se haga por el buen espíritu y no por el malo»¹⁴. Esta gracia de discernir, que no basta con pensar, hacer u organizar el bien sino que hay que hacerlo de buen espíritu, es lo que nos enraíza en la Iglesia, en la que el Espíritu actúa y reparte su diversidad de carismas para el bien común. Fabro decía que en muchas cosas los que querían reformar a la Iglesia tenían razón, pero que Dios no la quería corregir con sus modos.

Es propio de la Compañía hacer las cosas sintiendo con la Iglesia. Hacer esto sin perder la paz y con alegría, dados los pecados que vemos tanto en nosotros como personas como en las estructuras que hemos creado, implica cargar la Cruz, experimentar la pobreza y las humillaciones, ámbito en el que Ignacio nos anima a elegir entre soportarlas pacientemente o desecharlas¹⁵. Allí donde la contradicción era más candente, Ignacio daba ejemplo de recogerse en sí mismo, antes de hablar o actuar, para obrar de buen espíritu. Las reglas para sentir con la Iglesia no las leemos como instrucciones precisas sobre puntos controvertidos (alguno podría resultar extemporáneo) sino ejemplos donde Ignacio invitaba en su tiempo a “hacer contra” al espíritu antieclesial, inclinándose total y decididamente del lado de nuestra Madre, la Iglesia, no para justificar una posición

discutible sino para abrir lugar a que el Espíritu actuara a su tiempo.

El servicio del buen espíritu y del discernimiento nos hace ser hombres de Iglesia -no clericalistas, sino eclesiales-, hombres “para los demás”, sin cosa propia que aisle sino con todo lo nuestro propio puesto en comunión y al servicio.

No caminamos ni solos ni cómodos, caminamos con «un corazón que no se acomoda, que no se cierra en sí mismo, sino que late al ritmo de un camino que se realiza junto a todo el pueblo fiel de Dios»¹⁶. Caminamos haciéndonos todo a todos con tal de ayudar a alguno.

Este despojo hace que la Compañía tenga y pueda tener siempre más el rostro, el acento y el modo de todos los pueblos, de cada cultura, metiéndose en todos ellos, en lo propio del corazón de cada pueblo, para hacer allí Iglesia con cada uno, inculturando el evangelio y evangelizando cada cultura.

Le pedimos a Nuestra Señora de la Strada, en un coloquio filial o como de un siervo con su Señora, que interceda por nosotros ante el «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación» (2 Cor 1, 3), para que nos ponga siempre nuevamente con su Hijo, con Jesús, que carga y nos invita a cargar con Él la cruz del mundo. Confiamos a Ella nuestro “modo de proceder”, para que sea eclesial, inculturado, pobre, servicial, libre de toda ambición mundana. Le pedimos a nuestra Madre que encamine y acompañe a cada jesuita junto con la porción del pueblo fiel de Dios al que ha sido enviado, *por estos caminos de la consolación, de la compasión y del discernimiento*.

[1] *Discorso ai partecipanti alla 32ª Congregazione Generale della Compagnia di Gesù*, 3 dicembre 1974.

2 *Homilía en la celebración inaugural de la 33ª Congregación General de la Compañía de Jesús*, 2 de setiembre de 1983.

3 *Discurso a los participantes en la 35ª Congregación General de la Compañía de Jesús*, 21 de febrero de 2008.

4 FRANCISCO, *Homilía en la fiesta del SS.mo Nombre de Jesús, Iglesia del Gesù*, 3 de enero de 2014.

5 MNadal V 364-365.

6 *Carta 51, A Francisco de Borja*, julio de 1549, 17 N. 9. Cfr. M. A. FIORITO y A. SWINNEN, *La Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús* (introducción y versión castellana), *Stromata*, julio-diciembre 1977 – nº 3/4, 259-260.

7 “Ad profectum animarum in vita et doctrina Christiana” in *Monumenta Ignatiana*, Constitutiones T. I (MHSI), Roma, 1934, 26 y 376; cfr. *Costituzioni della Compagnia di Gesù annotate dalla CG 34 e Norme complementari*, Roma, ADP, 1995, 32-33.

8 Cf. MF. 50, 69, 111, 114 etc.

9 Cf. MNad V, 310.

10 PIERRE FAVRE, *Memorial*, Paris, Desclée, 1959; cf. Introduction de M. De CERTAU, pág. 74.

11 *Ibíd.* 76.

12 IGNACIO DE LOYOLA, *Carta 26 a Francisco de Borja*, fines de 1545.

13 P. RIBADENEIRA, *Vita di S. Ignazio di Loiola*, Roma, La Civiltà Cattolica, 1863, 336.

14 PIERRE FAVRE, *Memorial* cit. n° 51.

15 Cf., *Directorio Autógrafo* 23.

16 FRANCISCO, *Homilía en la fiesta del SS.mo Nombre de Jesús*, Iglesia del Gesù, 3 de enero de 2014.

[01702-ES.01] [Texto original: Español]

Traduzione in lingua italiana

Cari fratelli e amici nel Signore,

mentre pregavo pensando a che cosa vi avrei detto, mi sono ricordato con particolare emozione le parole finali che ci disse il Beato Paolo VI alla conclusione della nostra XXXII Congregazione Generale: «Così, così, fratelli e figli. Avanti, *in Nomine Domini. Camminiamo insieme*, liberi, obbedienti, uniti nell'amore di Cristo, per la maggior gloria di Dio»¹.

Anche San Giovanni Paolo II e Benedetto XVI ci hanno incoraggiato a «*camminare in una maniera degna* della vocazione alla quale siamo stati chiamati (Ef 4,1)»² e a «*continuare nel cammino* di questa missione, in piena fedeltà al vostro carisma originario, nel contesto ecclesiale e sociale che caratterizza questo inizio di millennio. Come più volte vi hanno detto i miei Predecessori, la Chiesa ha bisogno di voi, conta su di voi, e continua a rivolgersi a voi con fiducia, in particolare per raggiungere quei luoghi fisici e spirituali dove altri non arrivano o hanno difficoltà ad arrivare»³.

Camminare insieme – liberi e obbedienti – camminare andando alle periferie dove gli altri non arrivano, «sotto lo sguardo di Gesù e guardando l'orizzonte, che è la Gloria di Dio sempre maggiore, che ci sorprende senza sosta»⁴. Il gesuita è chiamato a «pensare – come afferma Sant'Ignazio – e vivere in qualsiasi parte del mondo dove è più necessario il servizio di Dio e l'aiuto alle anime» (Co 304). Il fatto è che «per la Compagnia, tutto il mondo dev'essere casa sua», diceva Nadal⁵.

Ignazio scriveva a Borgia a proposito di una critica dei gesuiti chiamati “angelici” (Oviedo e Onfroy), perché dicevano che la Compagnia non era ben istituita e che bisognava istituirli di più nello spirito: Lo spirito che li guida – diceva Ignazio – «ignora lo stato delle cose della Compagnia, che sono *in fieri*, eccetto il necessario (e) sostanziale»⁶. Mi piace molto questo modo di Ignazio vedere le cose nel loro divenire, nel loro farsi, eccetto il sostanziale. Perché toglie la Compagnia da tutte le paralisi e la libera da tante velleità.

La *Formula dell'Istituto* è il “necessario e sostanziale” che tutti i giorni dobbiamo avere davanti agli occhi, dopo aver diretto lo sguardo a Dio nostro Signore: “Il modo d'essere dell'Istituto, che è *cammino* verso di Lui”. Lo è stato per i primi compagni i quali hanno previsto lo fosse “per quelli che ci seguiranno in questo *percorso*”. In tal modo, tanto la povertà quanto l'obbedienza o il fatto di non essere obbligati a determinate cose come la preghiera in coro, non sono né esigenze né privilegi, ma aiuti fatti alla mobilità della Compagnia, all'essere disponibili «a correre nella via di Cristo Nostro Signore» (Co 582) disponendo, grazie al voto di obbedienza al Papa, di una «più sicura direzione dello Spirito Santo» (Formula Istituto 3). Nella Formula vi è l'intuizione di Ignazio, e la sua sostanzialità è ciò che permette che le Costituzioni insistano sul tenere sempre in conto «i luoghi, i tempi e le persone» e che tutte le regole siano d'aiuto – tanto quanto – per cose concrete.

Il camminare, per Ignazio, non è un mero andare vagando, ma si traduce in qualcosa di qualitativo: è “profitto” e progresso, è andare avanti, è fare qualcosa in favore degli altri. Così lo esprimono le due Formule dell'Istituto

approvate da Paolo III (1540) e da Giulio III (1550) quando incentrano l'occupazione della Compagnia sulla fede – sulla sua difesa e la sua propagazione – e sulla vita e la dottrina delle persone. Qui Ignazio e i primi compagni usano la parola *giovemento* (*ad profectum*⁷, cfr *Fil* 1,12.25), che è quella che dà il criterio pratico di discernimento proprio della nostra spiritualità.

Il giovemento non è individualistico, è comune. «Il fine di questa Compagnia non è solo quello di occuparsi della salvezza e della perfezione delle anime dei suoi membri mediante la grazia divina, ma con la stessa grazia fare in modo di aiutare intensamente alla salvezza e perfezione delle anime del prossimo» (Ex 1, 2). E se da qualche lato si inclinava la bilancia nel cuore di Ignazio, era verso l'aiuto al prossimo, tanto è vero che si arrabbiava se gli dicevano che la ragione per cui uno si sarebbe fermato nella Compagnia era «perché in tal modo avrebbe salvato la sua anima. Ignazio non voleva gente che, essendo buona a proprio vantaggio, non si sarebbe trovata nella disposizione di servire il prossimo» (Aicardo I punto 10 pag. 41).

Il giovemento è in ogni cosa. La formula di Ignazio esprime una tensione: “non solamente... ma...”; e questo schema mentale di unire tensioni – la salvezza e perfezione propria e la salvezza e la perfezione del prossimo – a partire dall'ambito superiore della Grazia, è proprio della Compagnia. L'armonizzazione di questa e di tutte le tensioni (contemplazione e azione, fede e giustizia, carisma e istituzione, comunità e missione...) non si dà mediante formulazioni astratte, ma si ottiene nel corso del tempo mediante quello che Fabro chiamava «il nostro modo di procedere»⁸. Camminando e “progredendo” nella sequela del Signore, la Compagnia va armonizzando le tensioni che inevitabilmente la diversità di persone che convoca e le missioni che riceve contengono e producono.

Il giovemento non è elitario. Nella Formula Ignazio procede descrivendo i mezzi per un giovemento più universale, che sono propriamente sacerdotali. Però notiamo che le opere di misericordia si danno per scontate. La Formula dice: «senza che ciò sia di ostacolo» alla misericordia! Le opere di misericordia – la cura dei malati negli ospedali, l'elemosina mendicata e distribuita, l'insegnamento ai piccoli, il sopportare pazientemente le molestie... – erano l'ambiente vitale in cui Ignazio e i primi compagni si muovevano ed esistevano, il loro pane quotidiano. Stavano attenti che tutto il resto non fosse di ostacolo!

Infine, tale giovemento è “quello che maggiormente ci fa bene”. Si tratta del “*magis*”, di quel *plus* che porta Ignazio ad iniziare processi, ad accompagnarli e a valutare la loro reale incidenza nella vita delle persone, in materia di fede, o di giustizia, o di misericordia e carità. Il *magis* è il fuoco, il fervore dell'azione, che scuote gli assonnati. I nostri santi lo hanno sempre incarnato. Dicevano di sant'Alberto Hurtado che era “un dardo acuto che si conficca nella carne addormentata della Chiesa”. E questo contro quella tentazione che Paolo VI chiamava “*spiritus vertiginis*” e De Lubac, “mondanità spirituale”. Tentazione che non è, in primo luogo, morale ma spirituale e che ci distrae dall'essenziale: che è essere di giovemento, lasciare un'impronta, incidere nella storia, specialmente nella vita dei più piccoli.

«La Compagnia è fervore», affermava Nadal⁹. Per ravvivare il fervore nella missione di giovare alle persone nella loro vita e nella dottrina, desidero concretizzare queste riflessioni in tre punti che, dal momento che la Compagnia si trova nei luoghi di missione nei quali deve trovarsi, fanno particolarmente bene al nostro modo di procedere. Hanno a che fare con la gioia, con la Croce e con la Chiesa, nostra Madre, e hanno l'obiettivo di fare un passo avanti, togliendo gli impedimenti che il nemico di natura umana ci pone quando, nel servizio di Dio, andiamo salendo di bene in meglio.

1. Chiedere insistentemente la consolazione

Si può sempre fare un passo avanti nel chiedere insistentemente la consolazione. Nelle due Esortazioni Apostoliche [*Evangelii gaudium* e *Amoris laetitia*] e nell'Enciclica *Laudato si'* ho voluto insistere sulla gioia. Ignazio, negli Esercizi fa contemplare ai suoi amici «il compito di consolare», come specifico di Cristo Risorto (ES 224). E' compito proprio della Compagnia consolare il popolo fedele e aiutare con il discernimento affinché il nemico della natura umana non ci sottragga la gioia: la gioia di evangelizzare, la gioia della famiglia, la gioia della Chiesa, la gioia del creato... Che non ce la rubi né per scoraggiamento di fronte alla grandezza dei mali del mondo e ai malintesi tra coloro che si propongono di fare il bene, né che ce la rimpiazzi con le gioie fatue che

sono sempre a portata di mano in qualsiasi negozio.

Questo “servizio della gioia e della consolazione spirituale” è radicato nella preghiera. Consiste nell’incoraggiarci e incoraggiare tutti a «chiedere insistentemente la consolazione a Dio». Ignazio lo formula in modo negativo nella 6ª regola della prima settimana, quando afferma che «giova molto cambiare intensamente sé stessi contro la stessa desolazione» insistendo nella preghiera (ES 319). Giova perché nella desolazione ci accorgiamo di quanto poco valiamo senza quella grazia e consolazione (cfr ES 324). Praticare e insegnare questa preghiera di chiedere e supplicare la consolazione è il principale servizio alla gioia. Se qualcuno non si ritiene degno (cosa molto comune nella pratica), almeno insista nel chiedere questa consolazione per amore al messaggio, dal momento che la gioia è costitutiva del messaggio evangelico, e la chieda anche per amore agli altri, alla sua famiglia e al mondo. Una buona notizia non si può dare con il volto triste. La gioia non è un “di più” decorativo, è chiaro indice della grazia: indica che l’amore è attivo, operante, presente. Perciò il cercarla non va confuso con il cercare “un effetto speciale”, che la nostra epoca sa produrre per esigenze di consumo, bensì la si cerca nel suo indice esistenziale che è la “permanenza”: Ignazio apre gli occhi e si sveglia al discernimento degli spiriti scoprendo questo diverso valore tra gioie durature e gioie passeggiare (Autobiog 8). Il tempo sarà l’elemento che gli offre la chiave per riconoscere l’azione dello Spirito.

Negli Esercizi, il “progresso” nella vita spirituale si dà nella consolazione: è l’andare procedendo di bene in meglio (cfr ES 315) e anche «ogni aumento di speranza, fede, e carità, e ogni gioia interiore» (ES 316). Questo servizio della gioia fu quello che condusse i primi compagni a decidere di non sciogliere ma costituire la compagnia che si offrivano e dividevano spontaneamente e la cui caratteristica era la gioia che dava loro il pregare insieme, l’uscire in missione insieme e il tornare a riunirsi, ad imitazione della vita che conducevano il Signore e i suoi Apostoli. Questa gioia dell’annuncio esplicito del Vangelo – mediante la predicazione della fede e la pratica della giustizia e della misericordia – è ciò che porta la Compagnia ad uscire verso tutte le periferie. Il gesuita è un servitore della gioia del Vangelo, sia quando lavora “artigianalmente” conversando e dando gli esercizi spirituali a una sola persona, aiutandola a incontrare quel «luogo interiore da dove gli viene la forza dello Spirito che lo guida, lo libera e lo rinnova»¹⁰, sia quando lavora in maniera strutturata organizzando opere di formazione, di misericordia, di riflessione, che sono prolungamento istituzionale di quel punto di inflessione in cui si dà il superamento della propria volontà ed entra in azione lo Spirito. Bene affermava M. De Certeau: gli Esercizi sono «il metodo apostolico per eccellenza», poiché rendono possibile «il ritorno al cuore, al principio di una docilità allo Spirito, che risveglia e spinge chi compie gli esercizi a una fedeltà personale a Dio»¹¹.

2. Lasciarci commuovere dal Signore posto in Croce

Si può sempre fare un passo in più nel lasciarci commuovere dal Signore posto in croce, da Lui in persona e da Lui presente in tanti nostri fratelli che soffrono – la grande maggioranza dell’umanità! Il Padre Arrupe diceva che dove c’è un dolore, là c’è la Compagnia.

Il Giubileo della Misericordia è un tempo propizio per riflettere sui servizi della misericordia. Lo dico al plurale perché la misericordia non è una parola astratta ma uno stile di vita, che antepone alla parola i gesti concreti che toccano la carne del prossimo e si istituzionalizzano in opere di misericordia. Per noi che facciamo gli Esercizi, questa grazia mediante la quale Gesù ci comanda di assomigliare al Padre (cfr Lc 6,36) inizia con quel colloquio di misericordia che è il prolungamento del colloquio con il Signore crocifisso a causa dei miei peccati. Tutto il secondo esercizio è un colloquio pieno di sentimenti di vergogna, confusione, dolore e lacrime di gratitudine vedendo chi sono io – facendomi piccolo – e chi è Dio – magnificandolo – lui «che mi ha conservato in vita fino ad ora» (ES 61), chi è Gesù, appeso alla croce per me. Il modo in cui Ignazio vive e formula la sua esperienza della misericordia è di grande giovamento personale e apostolico e richiede un’acuta ed elevata esperienza di discernimento. Diceva il nostro padre a [san Francesco] Borgia: «Quanto a me, mi persuado che prima e dopo sono tutto un impedimento; e di ciò sento una più grande contentezza e gioia spirituale nel Signore nostro, per il fatto di non potere attribuire a me cosa alcuna che appaia buona»¹². Ignazio vive dunque della pura misericordia di Dio fin nelle cose più piccole della sua vita e della sua persona. E sentiva che quanto più impedimento egli poneva, con tanta maggior bontà lo trattava il Signore: «Tanta era la misericordia del Signore, e tanta la copia della soavità e dolcezza della grazia sua con esso lui, che quanto egli più desiderava d’essere in questo modo castigato, tanto più benigno era Iddio e con abbondanza maggiore spargeva sopra di lui i tesori della sua infinita liberalità. Laonde diceva, che egli credeva no vi essere nel mondo uomo, in cui queste due

cose insieme, tanto come in lui, concorressero; la prima mancare tanto a Dio e l'altra il ricevere tante e così continue grazie dalla sua mano»¹³.

Ignazio, nel formulare la sua esperienza della misericordia in questi termini comparativi – quanto più sentiva di far torto al Signore, tanto più il Signore abbondava nel dargli la sua grazia – libera la forza vivificante della misericordia che noi molte volte diluiamo con formulazioni astratte e condizioni legalistiche. Il Signore, che ci guarda con misericordia e ci sceglie, ci invia per far giungere con tutta la sua efficacia la stessa misericordia ai più poveri, ai peccatori, agli scartati e ai crocifissi del mondo attuale che soffrono l'ingiustizia e la violenza. Solo se sperimentiamo questa forza risanatrice nel vivo delle nostre stesse piaghe, come persone e come corpo [comunità], perderemo la paura di lasciarci commuovere dall'immensità della sofferenza dei nostri fratelli e ci lanceremo a camminare pazientemente con la nostra gente, imparando da essa il modo migliore di aiutarla e servirla (cfr CG 32 d 4 n 50).

3. Fare il bene di buon animo, sentendo con la Chiesa

Si può sempre fare un passo avanti nel compiere il bene di buon animo, sentendo con la Chiesa, come dice Ignazio. È anche proprio della Compagnia il servizio del discernimento del modo in cui facciamo le cose. Fabro lo formulava chiedendo la grazia che «tutto il bene che si possa realizzare, pensare od organizzare, si faccia con buon spirito e non con quello cattivo»¹⁴. Questa grazia di discernere che non basta pensare, fare o organizzare il bene, ma bisogna compierlo con buon spirito, è quello che ci radica nella Chiesa, nella quale lo Spirito agisce e distribuisce la diversità dei suoi carismi per il bene comune. Fabro diceva che in molte cose coloro i quali volevano riformare la Chiesa avevano ragione, però Dio non voleva correggerla con i loro metodi.

E' proprio della Compagnia fare le cose sentendo con la Chiesa. Fare questo senza perdere la pace e con gioia, considerati i peccati che vediamo sia in noi come persone sia nelle strutture che abbiamo creato, implica portare la Croce, sperimentare la povertà e le umiliazioni, ambito in cui Ignazio ci incoraggia a scegliere tra sopportarle pazientemente o desiderarle¹⁵. Lì dove la contraddizione era più flagrante, Ignazio dava l'esempio di raccogliersi in sé stesso, prima di parlare o agire, per operare di buon animo. Le regole del sentire con la Chiesa non le leggiamo come istruzioni precise su punti controversi (qualcuno potrebbe risultare estemporaneo), ma come esempi dove Ignazio invitava nel suo tempo ad "agire contro" lo spirito antiecclesiale, inclinandosi totalmente e decisamente dal lato della nostra Madre, la Chiesa, non per giustificare una posizione discutibile, ma per aprire uno spazio in cui lo Spirito avrebbe potuto agire a suo tempo.

Il servizio del buon animo e del discernimento ci fa essere uomini di Chiesa – non clericali, ma ecclesiali – uomini "per gli altri", senza alcuna cosa propria che isoli ma mettendo in comunione e al servizio tutto ciò che abbiamo.

Non camminiamo né da soli né comodi, camminiamo con «un cuore che non si accomoda, che non si chiude in sé stesso, ma che batte al ritmo di un cammino che si realizza insieme a tutto il popolo fedele di Dio»¹⁶. Camminiamo facendoci tutto a tutti cercando di aiutare qualcuno.

Questa spogliazione fa sì che la Compagnia abbia e possa sempre avere il volto, l'accento e il modo di essere di tutti i popoli, di ogni cultura, inserendosi in tutti, nello specifico del cuore di ogni popolo, per fare lì Chiesa con ognuno di essi, inculturando il Vangelo ed evangelizzando ogni cultura.

Chiediamo alla Madonna della Strada, in un colloquio filiale o come quello di un servo con la sua Signora, che interceda per noi davanti al «Padre misericordioso e Dio di ogni consolazione» (2 Cor 1,3), perché ci ponga sempre nuovamente insieme a suo Figlio, a Gesù, che prende e ci invita a prendere insieme a Lui la croce del mondo. AffidiamoLe il nostro "modo di procedere", perché sia ecclesiale, inculturato, povero, servizievole, libero da ogni ambizione mondana. Chiediamo a nostra Madre che guidi e accompagni ciascun gesuita insieme alla porzione del popolo fedele di Dio a cui è stato inviato, *su queste strade della consolazione, della compassione e del discernimento*.

1 *Discorso ai partecipanti alla 32ª Congregazione Generale della Compagnia di Gesù*, 3 dicembre 1974.

2 *Omelia nella celebrazione inaugurale della 33ª Congregazione Generale della Compagnia di Gesù*, 2 settembre 1983.

3 *Discorso ai partecipanti alla 35ª Congregazione Generale della Compagnia di Gesù*, 21 febbraio 2008.

4 FRANCESCO, *Omelia nella festa del SS.mo Nome di Gesù, Chiesa del Gesù*, 3 gennaio 2014.

5 MNadal V 364-365.

6 *Lettera 51, A Francisco de Borja*, luglio 1549, 17 N. 9. Cfr. M. A. FIORITO y A. SWINNEN, *La Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús* (introducción y versión castellana), *Stromata*, luglio-dicembre 1977 – n° 3/4, 259-260.

7 “Ad profectum animarum in vita et doctrina Christiana” in *Monumenta Ignatiana*, Constitutiones T. I (MHSI), Roma, 1934, 26 y 376; cfr. *Costituzioni della Compagnia di Gesù annotate dalla CG 34 e Norme complementari*, Roma, ADP, 1995, 32-33.

8 Cfr. MF. 50, 69, 111, 114 etc.

9 Cfr. MNad V, 310.

10 PIERRE FAVRE, *Memorial*, Paris, Desclée, 1959; cfr Introduction de M. De CERTAU, pag. 74.

11 Ibid. 76.

12 IGNAZIO DI LOYOLA, *Lettera 26 a Francisco de Borja*, fine del 1545.

13 P. RIBADENEIRA, *Vita di S. Ignazio di Loiola*, Roma, La Civiltà Cattolica, 1863, 336.

14 PIERRE FAVRE, *Memorial* cit. n° 51.

15 Cfr *Directorio Autógrafo* 23.

16 FRANCESCO, *Omelia nella festa del SS.mo Nome di Gesù, Chiesa del Gesù*, 3 gennaio 2014.

[01702-IT.01] [Testo originale: Spagnolo]

Traduzione in lingua inglese

Dear Brothers and Friends in the Lord,

While praying over what I would like to say, I remembered with particular affection the words of Paul VI to us as we came to the end of the 32nd General Congregation: “This is the way, this is the way, Brothers and Sons. Forward, *in nomine Domini*. Let us walk together, free, obedient, united to each other in the love of Christ, for the greater glory of God.”¹

Also, St. John Paul II and Benedict XVI have encouraged us to “lead a life worthy of the vocation to which we have been called”² [Eph 4:1] “and following the path of mission” in full fidelity to your original charism in the

ecclesial and social context that characterises this beginning of the millennium. As my predecessors have often told, the Church needs you, counts on you and continues to turn to you with confidence, particularly to reach the geographical and spiritual places where others do not reach, or find it difficult to reach.”³ Walking together – free and obedient – going to the peripheries where others do not reach, “under Jesus’ gaze and looking to the horizon which is the ever greater glory of God, who ceaselessly surprises us.”⁴ The Jesuit is called as Ignatius says “our vocation is to travel through the world and to live in any part of it where there is hope of greater service to God and of help of souls” [Con, 304]. That is, as Nadal used to say “for the Society the whole world is our home.”⁵

Ignatius wrote to Borgia regarding a criticism of the Jesuits who were called “angels” (Oviedo and Onfroy). Some critics used to say that the Society was not well instituted, that it had to be instituted more in spirit. “The Spirit which is guiding these critics” – Ignatius used to say – “does not know the state of things of the Society which are *in the making*, other than what is necessary (and substantial).”⁶ I very much appreciate Ignatius’s way of seeing things which are coming into being, removing oneself from the constraints of the concrete. It takes the Society from all that paralyses it, freeing it from frivolities.

What is “necessary and substantial” is the Formula of the Institute, which we should keep before our eyes every day, keeping our eyes on God our Lord. “The nature of this Institute which is his pathway to God.” This is how it was for the first companions and they foresaw that this is how it would be “for those who would follow us in this pathway.” So both poverty and obedience or the fact of not being obliged to sing the office in choir, are neither demands nor privileges, but aids to mobility and thus being available in the Society: “to run in the path of Christ our Lord” [Con 582]. In virtue of the vow of obedience to the Pope we have a “surer direction from the Holy Spirit” [Formula of the Institute 3]. In the Formula, we have this Ignatian intuition. Its centrality is what makes the Constitutions stress that we always keep in mind “places, times and persons” so that all rules are aids – *tantum quantum* – for concrete things.

For Ignatius, being on the road is not only coming and going, but it translates into something qualitative: It is drawing profit, and progress, is going forward, to do something for others. This is how the two Formulas of the Institute, approved by Paul III [1540] and Julius III [1550] express it, when they focus the work of the Society on the faith - and its defence and propagation – and on the life and teaching of persons. So Ignatius and the first companions used the expression “to draw greater fruit” (*aprovechamiento*) [*ad profectum*,⁷ cf. Phil. 1:12 and 25] which is the practical criterion of discernment proper to our spirituality.

Drawing profit is not individualistic, but it is for the common good: “The end of this Society is to devote itself with God’s grace not only to the salvation and perfection of the members own souls, but also with that same grace to labour strenuously in giving aid toward the salvation and perfection of the souls of their neighbours” [General Examen, I, 2]. If at all the balance of Ignatius’ heart was inclined towards something, that was towards helping our neighbours, so much so that he used to get angry if somebody was to tell him that the reason that someone remained in the Society was “in order to save his own soul. Ignatius did not want men, who although being good, were not zealous for the service of their neighbour” (Aicardo I punto 10 p. 41).

We are to draw profit from everything. The Formula of Ignatius expresses a tension: “not only... but also...” and this conceptual framework combining tensions – the salvation and perfection of one’s own soul, and the salvation and perfection of one’s neighbour’s – from the higher realm of Grace – is proper to the Society of Jesus. The harmonization of this and of all the other tensions (contemplation and action, faith and justice, charism and institution, community and mission...) is not expressed in abstract formulations but is achieved in the course of time through what Faber called “our way of proceeding”⁸. Journeying and progressing in the following of the Lord, the Society moves towards harmonizing the tensions brought about by the diversity of the men whom it brings together and of the missions it receives.

Drawing profit is not elitist. In the Formula, Ignatius proceeds to describe the means for seeking the greater and more universal good which are truly sacerdotal. However, we observe that the works of mercy are taken for granted. The Formula says “without these being an obstacle” to mercy!!! Works of mercy – caring for the sick in hospitals, begging for alms, sharing, teaching catechism to children, the patient suffering of insults... are the

daily bread of Ignatius and his first companions. They took care that none of these became obstacles!

Drawing profit in the final analysis is “that which they sought the most.” This is the *magis*, this more, which moves Ignatius to start accompanying people and helping them reflect on the various experiences of their lives with regard to faith, justice, mercy and charity. The *magis* is the fire, the fervour in action, awakening those who have become dormant. Our saints have always incarnated this fervour. It used to be said of St. Alberto Hurtado that he was a thorn in the flesh of the dormant Church. This militates against that temptation which Paul VI called *spiritus vertiginis* and de Lubac called “spiritual worldliness.” This temptation is not primarily moral, but spiritual, and distracts us from the essential: that we be fruitful persons, to let our footsteps leave marks in history, especially in the lives of the very least in our society. “The Society is zealous”⁹ as Nadal used to say. To revive the zeal for mission for the greater good of persons in their life and doctrine, I would like to make more concrete these reflections in three points: given that the Society’s way of proceeding for the greater good is accomplished through joy, the cross and through the Church our Mother. We need to look at how we move forward by overcoming the impediments which the enemy of our human nature tries to put in our way when we are in the service of God and seeking the greater good.

1.- To ask insistently for consolation

We can always take a step forward asking insistently for consolation. In the two Apostolic Exhortations and in *Laudato Si*, I consistently underlined the importance of joy. In the Spiritual Exercises, Ignatius invites us to contemplate “the office of consolation,” which is the work of the Risen Christ Himself [Sp. Ex. 224]. This is the true work of the Society: to console the faithful people of God and to help them through discernment so that the enemy of human nature does not rob us of our joy: the joy of evangelising, the joy of the family, the joy of the Church, the joy of creation.... Let the enemy of our human nature not rob us of our joy, neither by despair before the magnitude of the evils of the world, and the misunderstandings between those who want to do good, nor let him replace it with foolish joys that are always at hand in all human enterprises.

This “service of joy and spiritual consolation” roots us in prayer. This consists in animating ourselves and animating others “to ask insistently for God’s consolation.” Ignatius formulated this in a negative way in the sixth rule of the first week when he said “It is very profitable to make rigorous changes in ourselves against desolation” by insisting more on prayer [Sp. Ex. 319] It is beneficial because one is “worth little in time of desolation.” [Sp. Ex. 324] To practice and teach this prayer of petition and supplication for consolation is the principal service we render to joy. If somebody does not consider himself worthy (something which is very common in practice), he should at least remain persistent in prayer for consolation for love of the message, because joy is constitutive of the Gospel message; he should therefore also ask for it for love of others, for his family and for the world. One cannot give a good piece of news with a sad face. Joy is not only decorative, it is also a clear indicator of grace, it shows that love is active, working and present. For this reason, in an age of instant gratification and unabated consumption, the search for joy should not be confused with the search for “a spiritual effect,” when our existential identity is more concerned with long lasting effects: Ignatius opens the eyes and wakes us up to the discernment of Spirits to discover the difference between long- lasting joys and transient joys. (Autobiography 8) Time is the key to recognising the action of the Spirit.

In the Exercises, “progress” in the spiritual life is brought about in consolation. It is to go from “good to better,” it is also “every increase in hope, faith and charity and every interior joy.” (Sp. Ex. 316) This service to joy was what led the first companions to decide not to disperse, but to institute the Society and celebrate spontaneously their companionship, which was characterised by joy and which made them pray together, go on missions together and then to reunite again, in imitation of the life of the Lord and his apostles. This joy of the explicit announcing of the Gospel - through preaching, faith and the practice of justice and mercy – is that which leads the Society to go to the peripheries. The Jesuit is a servant of the joy of the Gospel, both when he is working as an artisan, conversing and giving the spiritual exercises to a single person, helping him or her to encounter “this interior forum whence comes the power of the Spirit, which guide, free and renew him”¹⁰ and when he is working with structures, organising works of formation, of mercy, or of reflection which are institutional expansions of those turning points where the individual will is broken down and the Spirit enters to act. As M. de Certeau rightly said: The Spiritual Exercises are the apostolic method *par excellence* which made possible the “a return to the heart, the beginning of docility to the Spirit which awakens and propels the exercitant to personal

fidelity to God”¹¹.

2.- Letting ourselves be moved by our Lord placed on the cross

We can always take a step forward in letting ourselves be moved by the Lord crucified, by him in person, by him present in so many of our brothers and sisters who are suffering – the great majority of humankind! Father Arrupe used to say that wherever there is pain, the Society is there.

The Jubilee of Mercy is an appropriate time to reflect about the works of mercy. I have deliberately used the plural, because mercy is not an abstract word, but a lifestyle that places concrete gestures before the word. These gestures touch the flesh of the neighbour and become institutionalised in works of mercy. For those who do the Exercises this grace by which Jesus commands us to resemble the Father (cf. Lk 6:36), begins with this colloquy of mercy which is the expansion of the colloquy with the Lord placed on the cross for my sins. The entire second exercise is a colloquy full of sentiments of shame, confusion, pain and grateful tears, seeing who I am – making myself less – and who God is – making Him more – “who has given me life till now” – who Jesus is, hanging on the cross for me (Exx. 61 and preceding). The way Ignatius lives and formulates his experience of mercy is of great personal and apostolic benefit, and requires an acute and sustained experience of discernment. Our father said to Borgia: “I am personally convinced regarding myself that both before and after I am totally an obstacle. Because of this I feel increased spiritual happiness and joy in the Lord in as much as I cannot attribute to myself even a semblance of good.”¹² So Ignatius lives from the pure mercy of God even in the smallest details of his life and of his person. And he used to feel that, the greater an obstacle he might pose, the more Lord treated him with goodness: “Such was the mercy of the Lord, and such was the abundance of his tenderness and the sweetness of his grace with him, that the more he wished to be punished in this way, so much more benign was the Lord, and the more generously he lavished his treasures from his infinite freedom. With that, he said that he believed that there is no person in the world in whom these two things coincided as much as in him: how much he failed God, and received all and many continuous graces from his hand.”¹³

Ignatius, describing his experience of mercy in these comparative terms – the more he failed the Lord, the more the Lord reached out in giving him his grace – released the life-giving power of mercy which we, many times, dilute with our abstract formulations and legalistic conditions. The Lord who looks at us with mercy and chooses us, sends us out to bring with all its effectiveness, that same mercy to the poorest, to sinners, to those discarded people, and those crucified in the present world, who suffer injustice and violence. Only if we experience this healing power first-hand in our own wounds, as people and as a body, will we lose the fear of allowing ourselves be moved by the immense suffering of our brothers and sisters, and will we hasten to walk patiently with our people, learning from them the best way of helping and serving them. (cf. GC 32, d.4 n.50)

3.- Doing good led by the good spirit, thinking with the Church

We can always take a step forward in doing good in the Good Spirit, *sentire cum ecclesia*, as Ignatius says. The way we do things in using discernment is also proper to the Society. Faber used to formulate it asking for the grace that “everything good would be realised, thought or organised, be done through the good spirit and not through the bad.”¹⁴ This grace of discernment, it’s not enough to think, do or organise the good, but do it of the good spirit, is what roots us in the Church, in which the Spirit works and distributes the diverse charisms for the common good. Faber used to say that, in many things, those who wanted to reform the Church were right, but that God did not want to correct it through their means.

It is proper of the Society to do things thinking with the Church. Doing this without losing peace and with joy, in the context of the sins we see, in us as well as in others, and in the structures that we have created, involves carrying the cross, experiencing poverty and humiliations, where Ignatius encourages us to choose between bearing them patiently or desiring them.¹⁵ Where the contradiction was very clear, Ignatius used to advise to recollect oneself, before talking or acting, in order to work in the Good Spirit. We do not read the rules for thinking with the Church as precise instructions about controversial points (some rules could be out of date), but examples where Ignatius was inviting in his times to “act against” the anti-ecclesial spirit, inclining ourselves totally and decisively towards our Mother, the Church, not in order to justify a debatable position, but to open

space so that the spirit could act in its own time.

Service of the good spirit and of discernment makes us men of the Church – not clericalists, but ecclesiastics – men “for others,” with nothing of our own which cuts us off from others, but rather everything that is ours placed in common and for service.

We neither walk alone nor comfortably, but we walk with “a heart that does not rest, that does not close in on itself but beats to the rhythm of a journey undertaken together with all the people faithful to God.”¹⁶ We walk becoming all things to all people, with the goal of helping others.

This self-emptying makes the Society have and always able to have more the face, the accent and the lifestyle of all peoples, of every culture, inserting ourselves in all of them, in the very heart of every people, to become the church, there with every people, inculturating the gospel and evangelising every culture.

In a filial colloquy, or as a servant to his Mistress, we beg *Our Lady of la Strada* to intercede for us before the “Father of mercies and God of all consolation” (2 Cor 1:3), to constantly place us with her Son, with Jesus who carries, and invites us to carry the cross of the world with Him. We entrust to Her “our way of proceeding” that it should be ecclesial, inculturated, poor, attentive, free from all worldly ambition. We beg Our Mother to direct and accompany every Jesuit along with that part of the people faithful to God whom he has been sent, along these paths of consolation, of compassion and discernment.

1 PAUL VI, *Discorso in occasione della 32ª Congregazione Generale della Compagnia di Gesù*. 3 December 1974. [“Così, così, fratelli e figli. Avanti, in Nomine Domini. Camminiamo insieme, liberi, obbedienti, uniti nell'amore di Cristo, per la maggior gloria di Dio”. (Quoted in Italian at the original Spanish version. N. of the T.)]

2 JOHN PAUL II, *Discourse to the participants at the 33rd General Congregation of the Society of Jesus*. 2

September 1983.

3 BENEDICT XVI, *Discourse to the participants at the 35th General Congregation of the Society of Jesus*. 21 February 2008.

4 FRANCIS, *Homily at the Church of the Gesù*. 3 January 2014.

5 MNadal V 364-365

6 IGNACIO DE LOYOLA, *Carta 51, A Francisco de Borja*, julio de 1549, 17 N. 9. Cfr. M. A. FIORITO y A. SWINNEN, “La Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús (introducción y versión castellana)”, *Stromata*, July-December 1977-nº 3/4, 259-260.

7 “*Ad profectum animarum in vita et doctrina Christiana*” in Monumenta Ignatiana, Constitutiones T. I (MHSI), Roma, 1934, 26 y 376; cfr. *Costituzioni della Compagnia di Gesù annotate dalla CG 34 e Norme complementari*, Roma, ADP, 1995, 32-33.

8 Cf. MF. 50, 69, 111, 114, etc.

9 Cf. MNadal V, 310.

10 PIERRE FAVRE, *Mémorial*, Paris, Desclée, 1959 ; cf. Introduction de M. de CERTAU, p. 74.

11 Ibid., p. 76.

12 IGNACIO DE LOYOLA, *Carta 26 a Francisco de Borja*, fines de 1545.

13 P. RIBADENEIRA, *Vida di S. Ignazio di Loiola*, Roma, La Civiltà Cattolica, 1863, 336. [Tanta era la misericordia del Signore, e tanta la copia della soavità e dolcezza della grazia sua con esso lui, che quanto egli più desiderava d'essere in questo modo gastigato, tanto più benigno era Iddio e con abbondanza maggiore spargeva sopra di lui i tesori della sua infinita liberalità. Laonde diceva, che egli credeva no vi essere nel mondo uomo, in cui queste due cose insieme, tanto come in lui, concorressero; la prima mancare tanto a Dio e l'altra il ricevere tante e così continue grazie dalla sua mano (Quoted in Italian at the original Spanish version N. of the T.)]

14 PIERRE FAVRE, *Mémorial* quoted. N° 51.

15 Cfr. IGNACIO DE LOYOLA, *Directorio Autógrafo* 23.

16 FRANCIS, *Homily at the Church of the Gesù*, 3 January 2014.

[01702-EN.01] [Original text: Spanish - working translation]

Al termine, il Santo Padre si è intrattenuto con i Padri Gesuiti per una conversazione in forma privata.

[B0759-XX.02]
